

rababan en las salas de armas, en las academias, en los salones aristocráticos y en la universidad. Todos, además de sus floretes, tenían su rifle y su machete, y junto a las prendas de vestir elegantes estaba la chamarreta o filipina mambisa. Realizaban ejercicios de tiro y practicaban la esgrima, demostrando su valor y arrojo en duelos que a veces se convirtieron en espectáculos públicos, distinguiéndose como due-listas Gonzalo Jorrín, Agustín Cervantes, Francisco Varona Murias y otros, en encuentros que a veces tenían carácter político, como el del general Lachambre. Los jefes de este grupo eran Julio Sanguily y José María Aguirre, y a pesar de que Sanguily fue detenido al comenzar la guerra, muchos de ellos sirvieron en el ejército libertador.

En Matanzas los trabajos revolucionarios estaban a cargo del Dr. Pedro E. Bencourt.

De Las Villas —dice Martí a Máximo Gómez— usted sabe por Serafín Sánchez, Francisco Carrillo y Carlos Roloff.

En Camagüey, en frase gráfica, le dice que «no sólo tienen armas, sino que se han calzado las espuelas», pues Enrique Loynaz del Castillo, en un viaje audaz con la ayuda de los trabajadores del ferrocarril de Camagüey a Nuevitas, había llevado las armas necesarias. Además Martí había enviado a esta provincia a Elpidio Marín y Mauricio Montejo para que se pusieran de acuerdo con el Marqués de Santa Lucía, ya que Bernabé Sánchez y Antonio Aguilera se oponían a la guerra, manteniendo, aunque inútilmente, la esperanza de que los héroes de la guerra grande, Luaces y Mola, se decidieran a colaborar en la nueva guerra.

En Oriente sólo necesitaban tiempo. Guillermo Moncada, Quintín Banderas y Tomás Garzón, habían sido detenidos, pero su encarcelamiento había sido útil, pues había contribuido a tranquilizar a los españoles. Urbano Sánchez Hechevarría estaba realizando gestiones para obtener su libertad bajo fianza y calmaba a los impacientes.

El fracaso del Plan de Fernandina fue la última prueba que necesitaba Martí para demostrar su capacidad revolucionaria y su condición de hombre predestinado.

El plan estaba definitivamente coordinado después del viaje a México y en carta a Máximo Gómez del 3 de noviembre le dice que recomienda a todos la mayor precaución, firmándose en diciembre de 1894 por Mayía Rodríguez, en representación de Máximo Gómez; Enrique Collazo, por los revolucionarios de la isla, y José Martí el plan se enviaría a Juan Gualberto Gómez sin fijar la fecha, que se acordaría posteriormente, pero asegurando a los que debían sublevarse la ayuda de las expediciones, especificándose que debía esperarse el aviso final, que se remitiría por duplicado y por conductos diferentes. Máximo Gómez mantenía que Martí debía quedarse en los Estados Unidos para asegurar la ayuda exterior, pero Martí insistió en participar en la guerra, pues en caso contrario consideraba que su autoidad quedaría disminuida.

En la organización de las expediciones se emplearon todos los fondos del Partido Revolucionario Cubano, arrendándose tres barcos que arribarían a Las Villas, Camagüey y Oriente bajo el mando, respectivamente, de Serafín Sánchez, Máximo Gómez y Antonio Maceo, yendo Martí con Gómez.

Los jefes de las expediciones designaron sus representantes actuando en nombre de Serafín Sánchez el Coronel Fernando López Queralta, de Máximo Gómez el General José (Mayía) Rodríguez y de Antonio Maceo el Coronel Patricio Corona, los que tendrían a su cargo conducir los barcos hasta el lugar desde donde se dirigirían a Cuba. Martí en el mes de diciembre, remitió cinco mil pesos a Máximo Gómez, entregando a López Queralta cinco mil y a Patricio Corona ochocientos, tomando para él otros cinco mil.

Las armas fueron depositadas en el almacén del vicecónsul honorario de España en Fernandina, Coronel Nathaniel Borden, que estaba establecido en el negocio de transporte marítimo, por lo que no llamaría la atención el trasego de las armas.

El «Amadís» y el «Lagonda» salieron de Nueva York el 4 de enero de 1895, partiendo después el «Baracoa».

En el «Amadís», que debía recoger a Maceo en Costa Rica, iba John Mantell, seudónimo usado por el hijo de Manuel Mantilla, constituyendo el pretexto del

viaje recoger unos amigos en Costa Rica, donde su padre tenía fincas, dirigiéndose con ellos a visitar las minas de manganeso que los Mantell tenían en Cuba, cuando en realidad a los que recogerían era a Antonio Maceo, que iba al frente de un grupo de jefes de la guerra grande, todos muy conocidos en Oriente, así como de un contingente de militares suramericanos que estaban dispuestos a luchar por la independencia de Cuba, dirigiéndose a la provincia de Oriente, que se sublevaría al mando de los generales Guillermo Moncada y Bartolomé Masó.

El «Lagonda», después de recoger las armas en Fernandina, se dirigía a Cayo Hueso, donde embarcarían Carlos Roloff y Serafín Sánchez, dirigiéndose a Las Villas, donde debía sublevarse Francisco Carrillo, y en el «Baracoa» Máximo Gómez, acompañado por Martí, se dirigía a Santa Cruz del Sur, dado que su presencia era necesaria para decidir a los jefes de Camagüey.

Las armas fueron llegando a Fernandina sin llamar la atención, pero López Queralta, desde que se hizo cargo de su misión, estuvo creando dificultades, pues primero no le pareció apropiado el barco asignado a Roloff y Serafín Sánchez; después pidió que el piloto fuese de su confianza, a lo que accedió Martí, que en dichas gestiones se enteró que López Queralta había sido indiscreto al expresar que los barcos conducían efectos militares, descubriéndose de ese modo los propósitos de los expedicionarios, dándose orden de embargo contra los barcos y su carga. Y el día 8, al llegar el «Amadís» y el «Lagonda» a Fernandina, fueron abordados por el fiscal, quien ocupó varias cajas con armas, siendo registrado también el almacén de Borden, donde se encontraron mil rifles y 600.000 tiros, no hallándose nada en el «Baracoa», que llegó a Fernandina dos días después.

El descubrimiento del plan, cuyo secreto habían guardado celosamente los revolucionarios, sorprendió a todos, pero especialmente a los españoles, que subestimaban a José Martí, y también a los emigrados y revolucionarios, que no se habían imaginado la importancia de su labor.

Mayía Rodríguez y Enrique Collazo se dirigieron a Jacksonville, donde Charles Hernández, por orden de Martí, los citó para el Hotel Travellers, encontrándolo anonadado, ya que sólo exclamaba: «Yo tengo la culpa». Martí, que nunca se defendió ni dio explicaciones, siempre creyó que López Queralta era el culpable del descubrimiento del plan, aunque se sabe que en el Departamento de Estado en Washington se había recibido una carta denunciando los hechos, pero no cabe duda que López Queralta, maliciosa o imprudentemente, había dado a conocer en Fernandina cuál era el cargamento depositado en los almacenes de Borden y que, según los despachos, debía conducirse a Caracas.

El gobierno de los Estados Unidos, el día 14, ordenó una investigación a solicitud de la representación diplomática española, informando el fiscal que no se había podido comprobar la comisión de delito alguno, y aunque los barcos fueron devueltos a sus dueños, las armas quedaron en depósito a resultas del juicio, pues tanto el capitán como los tripulantes declararon que los barcos estaban destinados a Haití, Venezuela y Costa Rica.

La ocupación de las armas y el descubrimiento del plan quitó a la empresa organizada por Martí la ventaja de llegar sorpresivamente a Cuba, por lo que fue necesario modificar el modo de iniciar la guerra, pues desde entonces las costas de la Isla fueron patrulladas constantemente por barcos de guerra españoles, pero como los emigrados, que además de la fe y la esperanza quedaron convencidos de la capacidad de Martí para desarrollar proyectos revolucionarios y la Isla fue sacudida de un extremo a otro, no fue difícil exigir a los veteranos del 68 y a los «pinos nuevos» el sacrificio necesario, pues incluso los que, como Julio Sanguily, no tenían fe, reconocieron que había trabajado organizada y eficazmente por la independencia de Cuba.

El Partido Revolucionario Cubano sólo contaba con algo más de 3.000 pesos, de los cuales entregaron a Horatio Rubens 2.600 para la reclamación de las armas ocupadas en Fernandina, pero la contribución de dos cubanos pobres y humildes, Paulina y Ruperto Pedroso, vecinos de Tampa, que vendieron su única casita, entregando todo lo que tenían a la revolución, posibilitó el inicio de la guerra por la independencia.